



PALABRAS DE DIOS SOBRE EXILIO Y DESTIERRO

Carlos Bravo

Tomado de **Christus**, n.588, Septiembre 1985.

Israel es el pueblo del destierro. Muchas veces supo de la dominación de los imperios en su propia tierra y en tierras ajenas, tanto que puede decirse que nació como pueblo de Dios precisamente en el difícil parto del destierro y que en tierra extraña se forjaron sus jefes.

Y el destierro vuelve a ser dura realidad para el pueblo de Dios en América Latina y en muchas partes del mundo. ¿Qué luz arroja la palabra de Dios sobre esa situación trágicamente actual? Como reflexión teológica sobre el fenómeno sociopolítico del destierro presentamos algunos aspectos que aparecen en la Biblia sobre eso, y las exigencias que a nosotros se nos plantean frente al sufrimiento humano que provoca.

El nacimiento de un pueblo en el destierro

El exilio aparece desde el primer momento de la historia de los Patriarcas. Abrán es el primer autoexiliado, que rompe con la cultura urbana de su tierra y con la religión de un Dios que exige la muerte del primogénito, para buscar una tierra propia en la que pueda adorar al Dios de la vida (Gen 12, 1-2). Posteriormente la carestía será el motivo

de la migración de Jacob y sus hijos(Gen41, 56-42,2ss), a la que luego seguirá el establecimiento en una tierra al fin y al cabo ajena: Egipto (Gen 45, 9-11). José, el hijo vendido por sus hermanos, llegará a ser fuente de bendición para su pueblo.

Pero las presiones del imperio no se dejan esperar. Surgió un Faraón "que no había conocido a José" y que reacciona con la lógica de los imperios frente a los pueblos pobres. Sintiendo amenazado por su vitalidad, determina su exterminio: sus niños han de ser asesinados al nacer(Ex 1,16-22). Pero hay un niño que se salva, primero de la muerte física, y luego, de la muerte de su identidad judía: Moisés. Educado en el palacio (Ex 2,10) no se deja seducir por la vida palaciega y no pierde la conciencia de pertenecer al pueblo amenazado, sino que se mantiene sensible ante las injusticias que sufre su pueblo (Ex 2,11).

Su camino no va a ser fácil, porque supone un des-clasamiento y un re-clasamiento. Herido profundamente en sus sentimientos de solidaridad con el pueblo, llega hasta el asesinato político contra un egipcio que maltrataba a uno de sus hermanos. Pero luego, en una borrachera, alguien de su propio pueblo le echa en cara aquello: "¿Me quieres matar como mataste al egipcio?" Ahora Moisés tendrá que huir como exiliado político: "¡Eso ya se sabe!", se dice; y huye para ponerse a salvo (Ex 2, 12ss).

Y a salvo se pone; encuentra una familia que lo acoge, se casa con una de las hijas del sacerdote Raguel, y decide olvidarse de la opresión de su pueblo. Ya no hay para él vuelta atrás; regresar sería condenarse a muerte. Ahora es un próspero ganadero con la vida asegurada (Ex 4, 15-22).

Pero en Egipto la situación de su pueblo se ha ido agravando, y sus quejas por la esclavitud, de las que él ha querido aislarse, llegaron hasta Dios, sensible desde siempre a la sangre derramada (Gen 4, 10ss) y al clamor del pueblo (Ex 2, 23-25). Y con ese Dios se topa Moisés; su exigencia absoluta de justicia y de vida en favor del pueblo se convierte en una llamada cuyo fuego no se apaga (Ex 3, 1-10). Moisés intenta resistirse, pero finalmente, impulsado por la experiencia de la responsabilidad de Dios por la vida del pueblo, decide

ponerse en camino hacia su liberación.

Sus primeros intentos de liberación agudizan la explotación del pueblo (Ex 5, 6-18), que se vuelve contra él y contra Aarón (Ex 5, 19-23). Pero la decisión de Dios en favor del pueblo desterrado y explotado es irreversible y "con mano fuerte y brazo poderoso" toma partido en su favor: hiere a Egipto una y otra vez hasta que finalmente, el Faraón decide dejarlo en libertad.

Esa experiencia de la esclavitud en Egipto y de su liberación maravillosa e impensable humanamente es la matriz de la elaboración de las primeras leyes de Israel, por las que se guiará la confederación de tribus posteriormente; la actuación de Dios en favor del pueblo se convierte en norma de conducta de la ley de la Alianza: deben mirar por el desterrado y extranjero, y por todo el que sufre, porque Dios miró por ellos cuando estaban en Egipto. Ahora son un pueblo nuevo con una nueva ley, y su conducta debe ser memorial de la Alianza que Dios hizo con ellos(1). El haber sido liberados conlleva una exigencia ética absoluta.

Los judíos deberán ser como el Dios que los liberó. Y así deberán vivir la larga etapa que les espera. Aunque han salido de Egipto, el destierro aún no ha terminado. Entre ellos y la tierra prometida está el desierto; y en él, el miedo a la libertad y el peligro de contaminación de la fe del pueblo desesperanzado ante la lejanía e incertidumbre de aquella tierra (cf Ex 32). Incluso llegan a añorar los ajos y cebollas de Egipto, la comida de la esclavitud (Num 11,5).

Llega finalmente el establecimiento en la tierra, mediante una guerra de conquista. Aliados con los cananeos pobres que luchan contra el proyecto feudal egipcio-cananeo, que domina políticamente esa tierra prometida, y toman posesión de ella (2). La ley de la Alianza, cuyo fundamento es la experiencia de la liberación y de la dura vida en el desierto, será norma de conducta para el pacto tribal.

La amenaza del destierro

Se establecieron los israelitas en la tierra prometida y cayeron en la tentación del poder. Fueron señores, tuvieron

reinos tributarios y tuvieron esclavos. La servidumbre que impone Salomón sobre las tribus del norte (3), y que endurece su hijo Roboam (4), es la causa del cisma que desgaja el reino de Israel del reino de Judá. Ahora seguirán caminos separados e incluso enfrentados en algunos momentos. Separados entre sí, y separados también de Yahvé, al que ambos reinos serán infieles.

Esta ruptura de la Alianza tribal y de la Alianza con Yahvé trae consigo la disolución de la identidad del pueblo, que está en peligro de sucumbir frente al fuerte proyecto de expansión imperial asirio. Y el primero en sucumbir es el Reino del Norte, más cercano al poder asirio, y tierra de paso rumbo a Egipto.

Este será el momento de los profetas. Hacía tiempo habían estado advirtiendo respecto de esa dinámica de descomposición interna del pueblo y habían previsto cuál podría ser el final. Y claramente localizan la culpabilidad del destierro en los jefes. Será un motivo constante en todos los escritos proféticos (5). Podemos escuchar a Amós, que dejó su tierra (era la del reino del sur, de cerca de Jerusalem) para ir a advertir al reino del norte sobre la catástrofe que le amenaza:

"¡Ay de los que se fían de Sión y confían en el monte de Samaría! Se acuestan en lechos de marfil...canturrean al son del arpa, inventan, como David, instrumentos musicales; beben vino en copas, se ungen con perfumes exquisitos y no se duelen del desastre de José. Pues encabezarán la cuerda de cautivos, y se acabará la orgía de los disolutos... Porque detesto el fasto de Jacob y odio sus palacios, entregaré la ciudad y sus habitantes..." (Am 9, 1-8).

Isaías comienza describiendo la situación de la Jerusalem devastada (1,4-9), y da la razón:

"Tus jefes son bandidos, socios de ladrones: todos amigos de sobornos, en busca de regalos. No defienden al huérfano, no se encargan de la causa de la viuda. Pues bien... tomaré venganza de mis amigos, satisfacción de mis adversarios. Volveré mi mano contra ti para limpiarte de escoria en crisol y apartarte de la ganga. Te daré jueces como los antiguos..." (1, 23-26).

Y sigue más adelante:

"El Señor se levanta a juzgar, de pie va a sentenciar a su pueblo. El Señor viene a entablar un pleito con los jefes y príncipes de su pueblo. Ustedes devastaban las viñas, tienen en casa lo robado al pobre..." (3, 13s).

Y sigue más adelante:

"El Señor se levanta a juzgar, de pie va a sentenciar a su pueblo. El Señor viene a entablar un pleito con los jefes y príncipes de su pueblo. Ustedes devastaban las viñas, tienen en casa lo robado al pobre..." (3, 13s).

E incluso ajusta cuentas con el lujo de la corte:

"Dice el Señor: Porque se envanecen las mujeres de Sión, caminan con el cuello estirado guiñando los ojos con paso menudo sonando las ajorcas de los pies: el Señor pegará tiña a la cabeza de las mujeres de Sión, el Señor desnudará sus vergüenzas... Y tendrán: en vez de perfume, podre; en vez de cinturón, sogas; en vez de rizos, calva; en vez de sedas, saco; en vez de belleza, cicatriz. Tus hombres caerán a espada; tus soldados, en la guerra; gemirán y harán luto tus puertas, asolada te sentarás en el suelo" (3, 16-26).

Y después del canto a la viña, en el que se predice el destierro, da la razón de esa tragedia:

"Esperó de ellos derecho y ahí tienen: asesinatos; esperó justicia, y ahí tienen: lamentos. ¡Ay de los que añaden casas a casas y juntan campos a campos, hasta no dejar sitio, y vivir ellos solos en medio del país! Soy testigo: lo ha jurado el Señor de los ejércitos: sus muchas casas serán arrasadas, sus palacios magníficos quedarán deshabitados..." (Is 5, 7b-9).

Y no es menos explícito Jeremías:

"Los haré escarmiento de todos los reyes del mundo, por culpa de Manasés, hijo de Ezequías, rey de Jerusalem,

por todo lo que hizo en Jerusalem... Tú me rechazaste, te echaste atrás... y yo tendí la mano para aniquilarte" (15, 4-6).

"¡Ay de los pastores que dispersan y extravían las ovejas de mi rebaño! Oráculo del Señor... Ustedes dispersaron mis ovejas, las expulsaron, no hicieron cuenta de ellas; pues yo les tomaré cuenta de sus malas acciones... Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas en todos los países a donde las expulsé... les daré pastores que las pastoreen..." (23,1-4).

Y ese es el mismo tipo de denuncias que hace Miqueas:

"Los ricos están llenos de violencia, la población miente; tienen en la boca lengua embustera. Pues yo voy a comenzar a golpearte y a devastarte por tus pecados..." (6,12s).

"Han desaparecido los hombres leales... el príncipe exige, el juez se soborna, el poderoso declara sus ambiciones; se retuerce la bondad como espinos y la rectitud como zarzales..." (7,1-3).

Las advertencias de los profetas no fueron tomadas en cuenta. Primero el reino del norte (722 a C, hacia Asiria) y luego el de Judá (597 a C, hacia Babilonia), sufrirán el destierro. Al buscar proteger su propio poder hicieron alianzas con otros imperios, lo cual analizan los profetas como 'prostitución', porque suponía fiarse de otros poderes que no del de Yahvé, y obviamente abría la puerta a las religiones idolátricas de aquéllos con quienes hacían alianza. Con eso la identidad de Israel como pueblo DE Yahvé quedaba amenazada.

Los falsos profetas y el destierro

Los falsos profetas jugaron un papel muy importante en el falso análisis que los reyes hicieron de la situación. Frente a la catástrofe del reino del norte, Amós había tenido que enfrentar a Amasías y al rey Jeroboam II:

Amasías, sacerdote de Betel, envió un mensaje a Jeroboam, rey de Israel:

- Amós está conjurando contra ti en medio de Israel; el país ya no puede soportar sus palabras. Así predica Amós: "A espada morirá Jeroboam, Israel marchará de su país

al destierro"...

Amasías ordenó a Amós:

- Vidente, vete, escapa al territorio de Judá; allí puedes ganarte la vida y profetizar. Pero no vuelvas a profetizar contra Betel, que es el santuario real y nacional... (Am 7, 10ss).

El mismo problema ha de enfrentar Miqueas

"Así dice el Señor a los profetas que extravían a mi pueblo: Cuando tienen algo que morder, anuncian paz, y declaran una guerra santa a quien no les llena la boca. Por eso llegará una noche sin visión, oscuridad sin oráculo; se pondrá el sol para los profetas oscureciendo el día; los videntes avergonzados, los adivinos sonrojados se taparán la barba, porque Dios no responde" (3, 5-7).

Y frente al destierro de Judá, Jeremías ha de enfrentar también a los falsos profetas:

"¡Ay Señor mío! Mira que los profetas les dicen: 'No verán la espada, no pasarán hambre, les daré paz duradera en este lugar'. El Señor me contestó: Mientras profetizan los profetas en mi nombre, no les envíe, no los mande, no les hable; visiones engañosas, oráculos vanos, fantasías de su mente es lo que profetizan... pues a espada y de hambre acabarán esos profetas; el pueblo a quien profetizan yacerá por las calles de Jerusalem a causa del hambre y la espada; y no habrá quien los entierre a ellos y a sus mujeres, a sus hijos e hijas..." (cf Jer 14, 11-15, 9).

Esa situación pondrá a Jeremías en crisis (15, 10-21), a quien no resulta nada fácil ni agradable predecir la caída de Jerusalem, pero eso es lo que ha de hacer, enfrentando a los reyes, a los profetas y al pueblo mismo. Y ya en el destierro, Ezequiel deberá enfrentar la misma problemática (cap. 13).

El verdadero rostro del imperio

Aunque en un primer momento los imperios dominantes son vistos como instrumento de la justicia de Yahvé, no se puede ocultar a los profetas la injusticia que hay en

la manera como tratan al pueblo. Entonces se verán impulsados a descubrir el verdadero rostro homicida del imperio y a anunciarles el castigo que les espera, al mismo tiempo que anuncian al pueblo el rescate que, por su fidelidad, hará Yahvé:

"Quebrantaré a Asiria en mi país, la pisotearé en mis montañas; resbalará de los míos su yugo, su carga resbalará de sus hombros..." (Is 14, 24-27). "Cuando el Señor te dé reposo de tus penas y temores, y de la dura esclavitud en que servistes, entonarás esta sátira contra el rey de Babilonia: ¡Cómo ha acabado el tirano, ha cesado su agitación! Ha quebrado el Señor el cetro de los malvados, la vara de los dominadores, al que golpeaba furioso a los pueblos con golpes incesantes y oprimía iracundo a las naciones con opresión implacable..." (Cf Is 14, 3-23; cf también 21, 1-10; 33, 1).

Y Jeremías dedicará dos capítulos íntegros a ese tema del castigo de Babilonia:

"Anúncienlo a las naciones, pregónenlo, alcen la bandera, pregonen, no lo callen, digan: Babilonia ha sido conquistada, Bel está confuso, Marduc consternado, sus ídolos derrotados, sus imágenes consternadas'. Porque desde el norte se abalanza sobre ella un pueblo que asolará su territorio, hasta que no quede en ella un habitante, pues hombres y animales huirán desbandados" (Jer 50, 1-3; cf cap. 50 y 51).

Así, el anuncio del retorno tiene como correlativo el anuncio del derrocamiento de los imperios opresores. No es un idílico anuncio de un pacífico regreso a la tierra, sino que realísticamente denuncia la verdad sobre el proyecto imperialista contra la vida, la justicia y el derecho.

El anuncio del retorno

La fidelidad de Dios no puede abandonar a su pueblo en tierra extraña. Si el destierro fue un castigo por la manera como el pueblo se hizo cómplice de los reyes al seguirlos en su desviado caminar, no es ésta, una situación para siempre.

Así como se ha predicho el destierro, como consecuencia de la infidelidad de los israelitas así también se predice el regreso, como consecuencia de la fidelidad de Yahvé.

"Aquel día levantaré la choza de David, tapiaré sus brechas, levantaré sus ruinas hasta reconstruirla como era antaño... Cambiaré la suerte de mi pueblo, Israel: reconstruirán ciudades arruinadas y las habitarán, plantarán viñedos y beberán su vino, cultivarán huertos y comerán sus frutos. Los plantaré en su tierra y ya no los arrancarán de la tierra que les di, dice el Señor, Tu Dios" (Am 9, 11-15).

"No cantes victoria, mi enemiga: si caí, me alzaré; si me siento en tinieblas el Señor es mi luz... Mis ojos gozarán pronto viéndola pisoteada como lodo de la calle. Es el día de reconstruir tu cerca, es el día de ensanchar tus lindes... No mantendrá siempre la ira, pues ama la misericordia..." (Miq 7,8-20).

"Aquel día el Señor tenderá otra vez su mano para rescatar al resto de su pueblo... Iزارá una enseña ante las naciones para reunir a los israelitas desterrados y congregar a los judíos dispersos de los cuatro extremos del orbe..." (Is 11, 10-16) (6).

El pueblo desterrado, como siervo de Yahvé

Pero hay también otra manera de ver al pueblo desterrado: como el servidor de Yahvé, en servicio también de los hombres. El profeta Isaías con esa visión no quiere sublimar de tal manera el sufrimiento del pueblo que pierda su dimensión trágica; simplemente ahonda en el sentido de solidaridad que redimensiona al desterrado:

"Tú, Israel, siervo mío; Jacob, mi elegido; estirpe de Abraham, mi amigo... Te he elegido y no te he rechazado..." (Is 41, 8-10); "miren mi siervo a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que promueva el derecho en las naciones... Proverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará, hasta implantar el derecho en la tierra, y su ley que esperan las islas..." (Is 42, 1-4); "como rescate tuyo entregué a Egipto, a Etiopía y Sabá a cambio de ti; porque te aprecio y eres valioso

y yo te quiero, entregaré hombres a cambio de ti, pueblos a cambio de tu vida: no temas, que contigo estoy yo; desde oriente traeré a tu estirpe, desde occidente te reuniré..." (Is 43, 1-7).

Y el pueblo desterrado descubre entonces su misión:

"Escúchenme, islas; atiendan, pueblos lejanos: Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó, en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano... y me dijo: 'Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso'. Mientras yo pensaba: 'En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas'. en realidad mi derecho lo defendía el Señor, mi salario lo tenía mi Dios..." (Is 49, 1-13).

Y cae en la cuenta también de que es capaz de mirar las cosas de manera diferente:

"Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor me abrió el oído, yo me resistí ni me eché para atrás; ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes y salivazos..." (Is. 50, 4-9).

Ha descubierto una nueva dimensión a su sufrimiento: la capacidad de un servicio al que sufre. Por eso todo cambiará para él:

"Miren, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre ni tenía aspecto humano; así asombrará a muchos pueblos; ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito... Maltratado aguantaba, no abría la boca... Sin arresto, sin proceso, lo quitaron de en medio ¿quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron... Por los trabajos soportados se saciará de saber; mi siervo inocente rehabilitará a todos porque

cargó con sus crímenes. Por eso le asignaré una porción entre los grandes y repartirá botín con los poderosos..." (Is 52, 13-53, 12).

Otro tipo de exilados: la resistencia Macabea

Regresaron los judíos a su tierra, durante la segunda mitad del siglo VI aC; se establecieron viviendo una hierocracia, en la que los sacerdotes fueron los dirigentes del retorno y la reconstrucción del pueblo y del templo. Pero siguieron bajo dominaciones sucesivas: el imperio persa, los macedonios, el control egipcio (los Ptolomeos), la dominación seléucida...

Supieron irse bandeando en todas esas vicisitudes, pero el ánimo de muchos judíos después del exilio había decaído y se inclinaba francamente a las costumbres griegas. Antíoco IV Epífanes refuerza esa tendencia helenizante, mediante medidas contrarias a la ley de Dios, saquea el templo para reponerse de pérdidas económicas, prohíbe la circuncisión y el sábado, y profana el templo. Ante eso surge violentamente la resistencia judía: los macabeos (166 aC).

Matatías se opone a sacrificar a los dioses paganos, y mata a un judío que se disponía a hacerlo, ante las órdenes del rey. "Luego empezó a gritar a voz en cuello por la ciudad: '-El que sienta celo por la Ley y quiera mantener la Alianza ¡qué me siga!' Después se echó al monte con sus hijos, dejando en el pueblo cuanto tenía. Por entonces, muchos bajaron al desierto para instalarse allí, porque deseaban vivir según derecho y justicia, con sus hijos, mujeres y ganados. Es que las desgracias habían llegado al colmo" (1 Mc 2, 24-30).

El primer momento de la resistencia acata al pie de la letra toda la ley; de eso se aprovecharán los enemigos para acabar con un grupo, al que atacan en sábado, sin encontrar resistencia. Entonces los que estaban en la resistencia se dijeron: "Como todos hagamos lo que nuestros hermanos, sin luchar contra los paganos, nos van a eliminar muy pronto del país". Y decidieron cambiar de conducta: "al que nos ataque en sábado le responderemos luchando; así no pereceremos todos, como nuestros hermanos en las cuevas" (Cf 1 Mc 2, 31-41).

De esa manera fueron creciendo: "Se les añadió el grupo de los leales, israelitas aguerridos, todos voluntarios de la Ley; se les sumaron también como refuerzos todos los que escapaban de cualquier desgracia. Organizaron un ejército y descargaron su ira contra los pecadores y su cólera contra los apostatas. Los que se libraron fueron a refugiarse entre los paganos. Matatías y sus partidarios organizaron una correría, derribando las aras, circuncidando por la fuerza a los niños no circuncidados que encontraban en territorio israelita y persiguiendo a los insolentes. La campaña fue un éxito, de manera que rescataron la Ley de manos de los paganos y de sus reyes, y mantuvieron a raya al malvado" (1 Mac 2, 42-48).

Algunas reflexiones

La Biblia ofrece algo así como un paradigma de la situación del desterrado y de la problemática humana, política y religiosa que constituye este fenómeno. Destaquemos los siguientes aspectos:

- Todo destierro es resultado de la imposición del poder del más fuerte sobre el más débil y nace de la voluntad de apropiación del espacio vital del otro. Es, pues, resultado de la "voluntad imperial". Su consecuencia es el despojo ejercido contra los débiles, despojo de su derecho a poseer en libertad la tierra como garantía de la vida. Al desterrado se le despoja de sus raíces, se ve privado violentamente de su espacio vital, sea por amenazas, por persecución o por guerras.
- Por eso, por más que el destierro haya sido el lugar de nacimiento del pueblo de Dios, no podemos idealizar esa situación hasta el punto de que la despojemos de su dimensión de tragedia: el destierro es el lugar de la vida amenazada.
- El lugar a donde llegan es un lugar ajeno, con otras costumbres, otras leyes, otra cultura. El ser arrastrados allá, y no por una opción sino por la violencia, tiende a producir un 'shock' cultural. Pero quienes más resienten la extrañeza del lugar son los pobres, que simplemente son llevados a donde no quieren, dentro de una lógica de violencia

y agresión muchas veces física y psicológica. Los poderosos, en cambio, pueden hacerse un lugar a su gusto, en el mismo destierro, y por dinero o por su cultura, son tratados de manera diferente. Viven de manera distinta quienes en el destierro pueden escoger vg. la ciudad de México, y un trabajo en ella, a los que sólo pueden refugiarse en la selva chiapaneca.

- En el destierro se sigue sufriendo la agresión de quienes los han expulsado. Esta agresión reviste distintas formas: desde la interiorización de las amenazas, que provoca tensiones y complejos de persecución, hasta las agresiones físicas de los policías que los siguen hostigando para evitar su regreso o para evitar que presten apoyo a quienes se oponen a las tiranías. Esta dureza de la vida trae como consecuencia un aumento del índice de agresividad que, no pudiendo enfocarse contra los verdaderos enemigos, revierte muchas veces en contra de los propios compañeros.
- El destierro es el lugar de la tentación: el experimentar la vida amenazada y constreñida dentro de los límites mínimos y sin ninguna esperanza, lleva a la tentación de la desesperanza respecto del sentido global de la existencia humana. Una vida precaria, duramente amenazada, hace surgir incluso el miedo a la libertad y al precio que hay que pagar por ella. Y la ideología del imperio presenta como objeto de deseo la sumisión, el vivir en situación de esclavitud, que se idealiza al compararla con la dureza de la situación presente: es la añoranza por los ajos y las cebollas de Egipto. Pero también hay otro tipo de fuga de la realidad: la pasividad, el dedicarse a forjar fantasías que por su irrealidad, llegan a ser puramente alienantes e infecundas.
- La puesta en cuestión de los valores de la existencia humana conlleva el peligro de la idolatría: se puede buscar cambiar al Dios verdadero por un ídolo que lo sustituya más fácil y menos frustrantemente. Esperaron en El, pero sólo se escucha su silencio.
- Los 'falsos profetas' pueden hacer más pesado el exilio, pues la situación de la 'vida amenazada' hace al hombre más vulnerable ante falsas ofertas de evasión o ante proyectos inviables de búsqueda de liberación.

- Contrariamente, un pueblo desterrado siempre necesitará profetas que le alienten la esperanza y le ayuden a mantener conciencia del derecho a la tierra de la que el pueblo ha sido expulsado violenta e injustamente, y que le facilite el mantener conciencia de su identidad como pueblo, amenazada por la tentación de la sumisión o por el olvido de la memoria. La narración del pasado puede jugar un papel fundamental en la resistencia de un pueblo.
- Pero el destierro puede ser también el lugar donde se comprenda a Dios como quien oye el clamor del pueblo y que, desde su derecho, se convierte en reclamación absoluta de justicia y de vida. Pero no de manera mágica, sustituyendo la responsabilidad humana en la lucha por la libertad, ni con un poder semejante al de los imperios que marginan al hombre de la vida. Su decisión en favor de la vida es en 'kénosis'; es decir, a la manera de quien se asocia en la importancia con los que sufren y como quien padece el destierro junto con el desterrado: como quien en él tiene hambre, sed, sufre cárcel, soledad, enfermedad, desnudez... Desde esa realidad sufriente cuestiona juzga y condena todo proyecto de opresión de los imperios y toda indeferencia ante el dolor humano.

Desde nuestros esquemas de poder nosotros quisiéramos una intervención de Dios que liberara "con mano fuerte y brazo poderoso" a los marginados de la vida, ya en esta historia. Pero el Padre no actúa de esa manera, precisamente por amor a la vida y por respeto a la responsabilidad del hombre sobre la historia. Dios está con el desterrado no como quien lo libera incluso al margen de su misma decisión de vivir, sino como quien potencia su resistencia y su rebeldía y la impulsa a la libertad; como quien, desde su 'extraña manera de ser 'poderoso', cuestiona a quienes pretenden ser los dueños de la vida y marginan a los pobres para apoderarse de su lugar en la historia.

Ese modo de ser de Dios en la historia es lo que se nos ha revelado en Jesús: como él, Dios no impone ni su amor ni su proyecto sobre la historia; simplemente lo ofrece al hombre, a quien entrega y confía la historia. Lo que de ella hagamos dependerá, en último término, de nosotros, los hombres.

Por esa razón, ante el fenómeno del destierro, la pregunta sobre el dolor de la historia no debe dirigirse a Dios: "¿Dónde estás ante el dolor de tu pueblo? ¿Por qué lo abandonas?." Ante el dolor de los desterrados es Dios quien pregunta: "¿Qué has hecho de tu hermano? Su sangre clama a mí desde la tierra ¿Qué haces ante su hambre, su sed, su desnudez, su enfermedad, su abandono, su despojo?"

El fenómeno de los refugiados es un reto a la conciencia humana actual. Es una situación que tiende a agravarse, por culpa de la decisión de los imperios, de extender la situación de guerra para fomentar su comercio de armas y el ámbito de su dominio. El dios Moloch al que adoran exige víctimas humanas como precio para seguir protegiendo los privilegios de los poderosos.

Ese reto no se plantea a la imaginación o a la sensibilidad, sino a la decisión; exige una compasión eficaz que contribuya realmente a que cambie la suerte de los desterrados.

Y para el cristiano esa responsabilidad supone una exigencia más absoluta aún: continuador de la causa de Jesús, el cristiano ha sido ungido por el mismo Espíritu que envió a Jesús a hacerse responsable de la vida del pueblo (cf Lc 4, 18-21). En su realización, Jesús, consideró necesario realizar signos materiales, históricos, que hicieran creíble en el presente el Reino que anunciaba. La credibilidad de la salvación exige la materialidad de las acciones salvíficas, no sólo porque el hombre necesita signos, sino principalmente porque la gloria de Dios, el Padre, consiste en que el hombre viva.

La realidad de los refugiados nos ha puesto en frente hoy, a medio camino, al hombre medio muerto (Lc 10,30). Los piadosos que describe la parábola encontraron mil excusas: "No es cierto que sean tan inocentes; lo que les pasa es por ayudar a la revolución comunista, y el gobierno de su país tiene derecho a defenderse; por otro lado, aunque quisiéramos, nada resolveríamos..." Sólo hubo uno que no puso ninguna excusa, y cargó con el herido en el camino. Y, en la dura parábola de Jesús no fue, ciertamente, ninguno de los 'hombres de iglesia' de su tiempo. ¿Habrá cambiado ya esa situación?

NOTAS

- (1) El tema "porque fuiste esclavo en Egipto, y de allí te sacó el Señor tu Dios" se convierte en el fundamento de la ley, y es lo que queda plasmado preferentemente en la corriente profético-deuteronomica: cf Ex 22,20; Lev 19, 9s. 33s; 25,6s; Dt 5,12-15; 14,28s; 16,11s; 24, 14s. 17s; 26,12-14.
- (2) Sobre la tesis de un grupo 'mosaico' inspirador de la unidad tribal en contra del proyecto feudal egipcio-cananeo, cf Gottwald, **The tribes of Yahweh**, (NY 1979), 38-39; cf también **Comentario Bíblico San Jerónimo**, Vol V, 464.
- (3) Cf 1 Re 11, 27ss. Cf H. Gruen, **El tiempo llamado hoy**, (Madrid, 1981), 50-51; G. Auzou, **La tradition Biblique**, (París, 1957), 113-114.
- (4) La rebelión contra Roboam se hace bajo la consigna de "a tus tiendas Israel"; cf 1 Re 12,16.
- (5) Cf Is 1, 7-9. 21-31; 3,14; 5,1-25; Am 5,4,27; 6,1-14; Miq 6, 9-16; 7,1-7; Jer 15, 1-4; cap 22-24; Ez cap 16; 20; 23...
- (6) Cf también Is 14, 1-4; 35, 1-10; Jer 31; Miq 2, 12-13; Sof 3, 9-20, Is 40, 1-11; 51, 17-23; 52, 1-10; 60, 1-22,2 etc.

